



FRONTAURA

LA DONCELLA

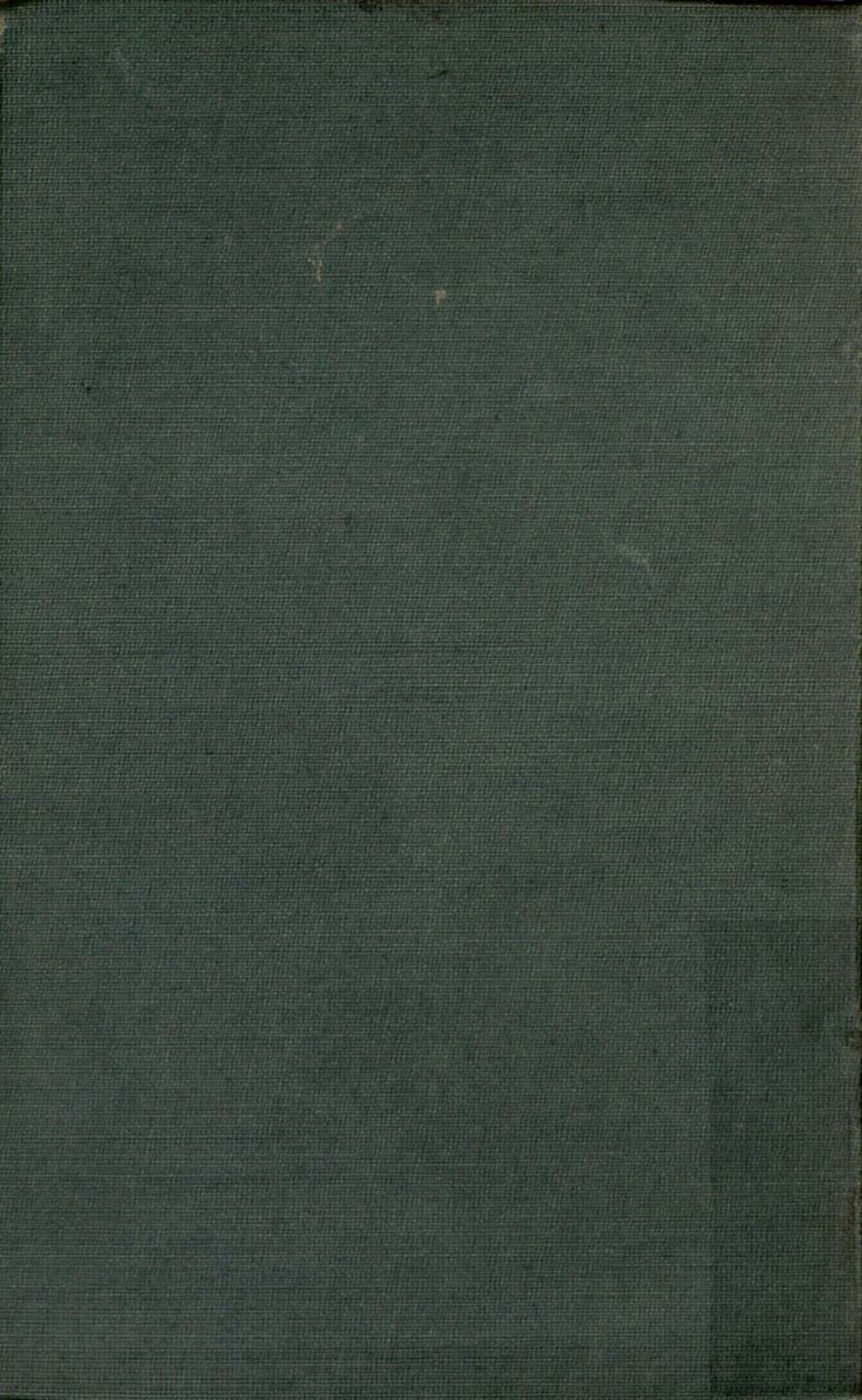
DEL PISO

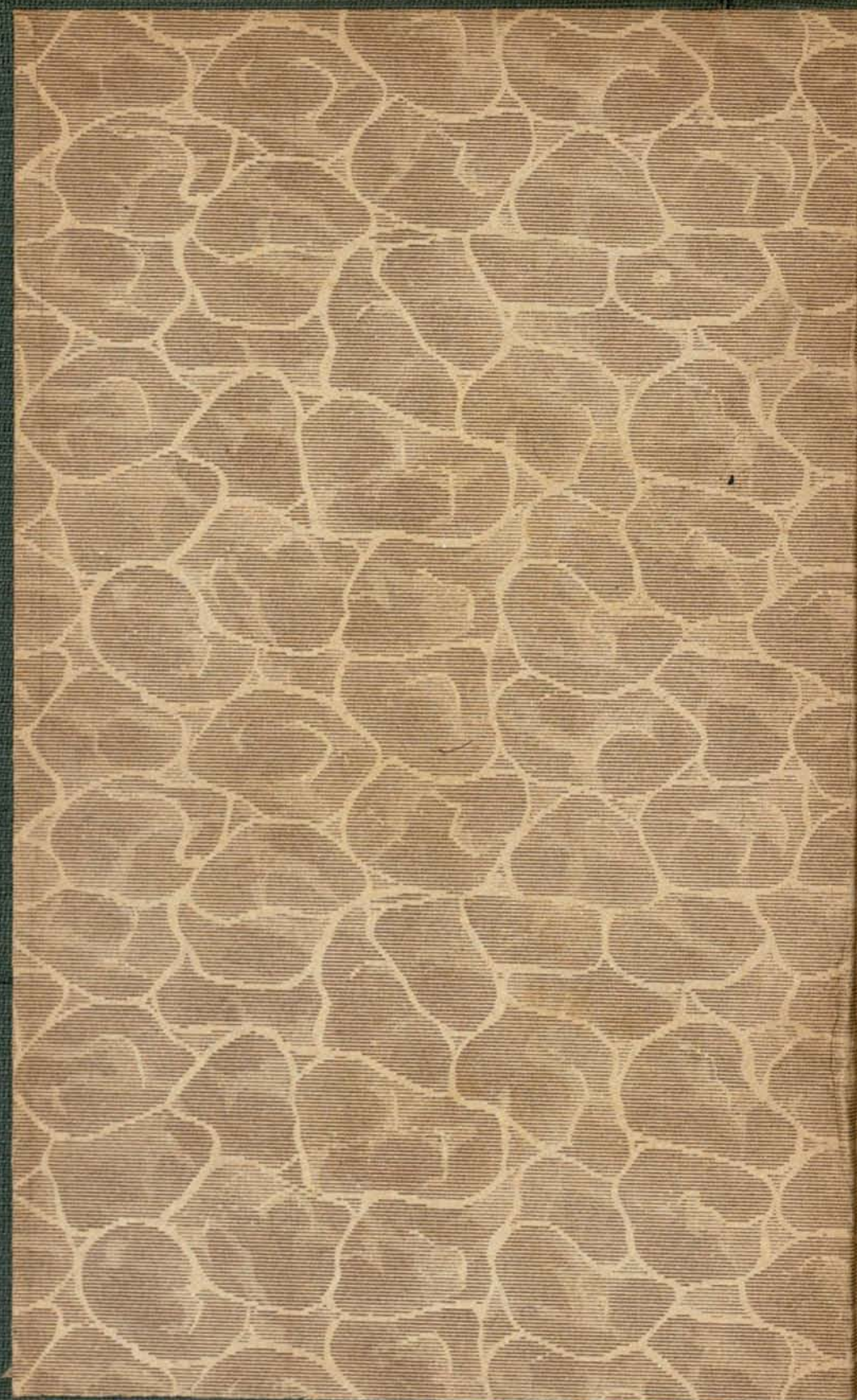
SEGUNDO



R. H.











A-1639

R
95726

12
95726

99.8

LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO

OBRAS DEL AUTOR

TEATRO

ZARZUELAS

- Un caballero particular, un acto.
El hijo de D. José, id.
Céfiro y Flora, id.
Doña Mariquita, id.
Un primo, id.
Los conspiradores, id.
El corneta, id.
El hombre feliz, id.
El duende del mesón, id.
El caballo blanco, id.
En las astas del toro, id.
Los pecados capitales, id.
Campanone, tres actos.
El elixir de amor, id.
Giralda ó el marido misterioso, id.
¿Eran dos? Pues ya son tres, id.
La señora del sombrero, cinco actos.

- La circasiana, tres actos.
Matilde y Malek Adhel, id.
El Maestro de Ocaña, id.
De incógnito, dos actos.
El mudo, id.

COMEDIAS

- El velo de encaje.
El hijo de la Alpujarra.
El filántropo.
El novio de China.
Los criados.
Los hijos de su madre.
¡Desde el cielo!
Por dinero baila el perro.
Pepe Carranza.
El ahorro.
Las tres Rosas.
Las cuatro estaciones, comedia para niños.

NOVELAS

- * Brígida.
La doncella del piso segundo (3.^a edición).
* El hijo del sacristán, 2 tomos.
Las madres (segunda edición).
* Doce maridos.
* La maldita vanidad.
* Mano de ángel (2.^a edición).

- El rigor de las desdichas, 2 tomos.
López y su mujer (2.^a edición).
Lances de la vida.
Venturas y desventuras de Rosita.
Miedo al hombre.
El hombre bueno y el hombre malo.

OBRAS VARIAS

- Galería de matrimonios (tercera edición).
* Caricaturas y retratos.
* Viaje cómico á la Exposición de París.
* Cosas de Madrid.
* Romances populares.
* Historias tristes.
* El caballo blanco, memorias de un empresario.

- * Horas perdidas, poesías.
Un ramo de violetas.
* Los niños, 14 tomos.
Las tiendas (4.^a edición).
Cuadros infantiles.
Cuadros y semblanzas infantiles.
Los sermones de D.^a Paquita.
Tipos madrileños.

EN PRENSA

Las obras agotadas.

Las señaladas con * están agotadas.

CARLOS FRONTAURA

LA DONCELLA

DEL

PISO SEGUNDO

(RECUERDOS DE UN ESTUDIANTE)

TERCERA EDICIÓN

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, número 4.

1889

Derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley.





I

UN RECIÉN NACIDO ARROJADO Á LA CALLE

EA hora era un poco intempestiva, por cierto; las tres de la noche, ó, mejor dicho, de la madrugada.

Las calles de la villa estaban más oscuras que la conciencia de un idiota; los serenos dormían profundamente, y los traperos buscaban algo, y aun algos, poniendo en práctica aquel refrán que afirma que quien busca halla. Ayudábanles en esta faena algunos perros sin beneficio, ó sea sin dueño; perros de esos á quienes, por libres é independientes, hacen cruda, implacable guerra los celosos dependientes del municipio, y que, en verano sobre todo, anochecen y no amanecen víctimas de la tenaz persecución organizada contra ellos.

De cuando en cuando cruzaban las sombras y las aceras algún amante, que acababa de tro-

nar con la señora de sus pensamientos, tarareando aquello de *Otello*:

*Morró, ma vendicato ;
Sí, dopo léi morro...*

algún jugador desplumado, renegando de su mismísima estampa, ó algún industrial de esos que no pagan contribución, viven del fruto del trabajo de los demás, y por malos y calamitosos que sean los tiempos, siempre tienen asegurado un rinconcito de casa, siquier sea esta casa la cárcel de Villa. Y á todo esto, ellos y yo, que también me hallaba en la calle á tales horas, nos chupábamos los dedos de gusto, hasta dudar un cristiano si era hombre ó besugo, y ver pasar rozándole las pulmonías, á que estamos abonados durante el invierno los paisanos del glorioso labrador San Isidro.

Excuso decir que mi humilde persona iba por esas calles de Dios como alma que lleva el diablo, y no son pocas las almas que el diablo se lleva; pero, aunque al lector no le importe, diré de dónde venía á una hora tan descompasada, y con una noche, la única para esperar pícaros *al sol*, como decía mi abuela.

Venía de una tertulia donde aquella noche me había presentado con otros siete compañeros mártires, un amigo de los ocho, que tenía gran valimiento cerca de la señora de la casa, mujer de cuarenta años, hacía diez lo menos, viuda de

un visitador de no sé qué, venida á menos, porque todos los tiempos no son iguales, y porque en comenzando á desmoronarse una casa (y aquí se toma el continente por el contenido), no hay quien la levante, y porque eso es lo que tiene ser hombre honrado y no hacer lo que los demás, y atenerse estrictamente al sueldo, que luego se muere uno, y quedan la mujer y los hijos poco menos que por puertas, y han de empezar á vender lo poco ó mucho que hay en casa, y todo para tener hambre hoy y necesidad mañana.

Aquella señora, en vida de su esposo, que debió morir por no verla, había tenido muy buenas relaciones en Madrid; mas en cuanto faltó el pobre hombre, eso sí, le hicieron á la triste muchos ofrecimientos y la prometieron gran protección; pero, pasado el novenario, ni un alma volvió á llamar á aquella puerta, cosa que el que está debajo de tierra no hubiese creído, aunque se lo hubieran dicho; pero así es el mundo, y no hay que darle vueltas; el que más y el que menos, cuando llega la ocasión, echa el cuerpo fuera, por lo cual no hay mejor amigo que un duro en el bolsillo, y lo demás es patraña.

Mas no por eso mi señora doña Juana, que así se llamaba, perdió la afición á las reuniones, y á tener de noche un poquito de sociedad, que es cosa de aburrirse eso de estar una mujer sola, metida entre cuatro paredes, y sin ver gen-

tes; y haciendo conocimiento con los vecinos de la modesta casa en que vivía, en la calle del Salitre, por más señas, logró mi doña Juana constituir en sus salones, hiperbólicamente hablando, una reunión de confianza, que se divertía en bailar al compás de una guitarra, que, cuando tenía prima le faltaba el bordón, y viceversa, walses y rigodones del antiguo régimen, tocados por ella misma, que había sido un pasmo de habilidad, y lo sería aún, si no hubiera perdido el humor y la afición, y en jugar inocentes juegos de prendas, con lo que se pasaba el rato honestamente y sin ofender á nadie.

Los juegos de prendas eran el de apurar una letra, ó el famoso del imaginario arzobispo de Constantinopla que se quiere *desarzobispoconstantinopolitanizar*, y muy del gusto de las niñas que asistían á la reunión, por aquello de pagar prenda y tener que decir después tres veces *sí* y tres veces *no* (por más que, según observé, todas aquellas beldades daban el *sí* más frecuentemente que el *no*), y que contentarse ellas con ellos, y con ellos ellos, etc., etc.

Aquella noche jugué yo por primera vez tan inocentes y soporíferos juegos, y hasta bailé un wals con una de las señoritas allí presentes, quien me dijo, entre otras cosas igualmente interesantes, que los hombres no sabían distinguir entre las señoras de su clase y las mujeres vulgares, y que ella no iba á los bailes públicos,

porque no quería bailar con el primero que llegaba, y, sin embargo, á pesar de todo esto, bailó aquella noche con el último que llegó, que fuí yo, por lo cual presumí piadosamente que aquella niña era una pobrecita, descontenta de su suerte, y digna de otra mejor, y con sus pretensiones de señorita de circunstancias, que honraba la casa de doña Juana á falta de otra más distinguida; y porque, como ella decía, su mamá estaba la pobre muy delicada, y no había fuerzas humanas que le hicieran salir de noche, y porque eso de tener que vestirse es una faena insoportable. Era, en fin, mi pareja lo que se llama una señorita pobre, ó *cursi*, que es la condición más triste en mujer, que durante el día cosía guantes para Dubost ó Clement, y con este trabajo infecundo y con una pensión cortísima que enviaba á su madre un tío, ausente en Chafarinas, vivían las dos penosa y miserablemente.

Mis amigos y yo éramos entonces muy jóvenes, y no creíamos que es cruel impiedad burlarse del prójimo; íbamos á la casa de doña Juana, porque en ella nos divertíamos grandemente oyendo hablar á aquellas mujeres, indignas del idioma de Cervantes, y porque cada cual de nosotros presumía que las pobrecitas se darían por muy contentas con inspirar amor, ó creerlo á lo menos, á alguno de los favorecedores de doña Juana, jóvenes todos de ciertas circuns-

tancias, y por ende soberbios partidos para cualquier hija de Eva.

Eso sí, lo que es el castellano que usaban aquellas señoras hubiera avergonzado al mismo Comella, y aun á algún gobernador de provincia que escribe mucho peor que aquel censurado ingenio. *Haiga, diferenciencia, calandario, probe, porka, poyo, cercunstancias*, etc., etc. He ahí una muestra ligerísima del vocabulario especial de aquella reunión.

Pero insensiblemente me he separado del principal objeto de este capítulo, y fuerza es que el lector se olvide de la casa de doña Juana, de quien probablemente no volveré á acordarme en el curso de esta verídica relación, y preste, si quiere, toda su atención á los acontecimientos que me propongo referir con toda la verdad posible.

Muy descuidado iba yo por la calle abajo, pensando en la manera de volver á pedir al pueblo el dinero que ya me había enviado mi madre para pagar á la patrona, y que me había gastado alegremente, cuando sentí un golpe tremendo en la cabeza, y el sombrero me se introdujo hasta la barba, á pesar de la defensa que oponía mi nariz, que es de padre y muy señor mío.

Repuesto del susto y vuelto mi sombrero á su posición regular, procuré enterarme de la causa que había producido aquel golpe imprevisto, y, asómbrense mis lectores, como yo me asomé,

al ver que sobre mí había caído un recién nacido.

Una madre acababa de cumplir la misión que la naturaleza señaló á las hembras en el mundo, y una mano aleve había arrojado á la calle aquel inocente, venido al mundo con tan mala estrella.

Creerá el lector que la misma madre fué la autora de tan horrendo crimen, pero esta sería una suposición altamente calumniosa, y yo, que quiero dar á cada cual lo que le pertenece, y que amo la justicia sobre todo, debo consignar antes de pasar adelante, que la madre era inocente, y tan desdichada también, que vió arrebatarse de su lado aquel hijo, y no pudo hacer nada por él, no pudo ni siquiera hablar para publicar el nombre del asesino.

Yo no lo descubriré ahora, porque comprendo que en este instante más le interesa al lector la víctima que el agresor.

Me acerqué á aquel infeliz, que no había cometido más delito que nacer, y noté con satisfacción que no estaba muerto, y que aun podía conservarse aquella vida arrojada á la calle como un *bouquet* seco ó un botijo que se sale.

Lo cogí en mis brazos, lo abrigué bajo mi capa, y seguí mi camino hasta llegar á la casa de mi patrona, quien se volvió loca de contento al verme entrar con tan preciosa carga, y tanto se regocijó, que aquella noche dió tregua á sus eternas insinuaciones sobre la carestía de los

comestibles, sobre que ya había *caído el mes*, y otras vulgaridades por el estilo.

Mi patrona no tenía hijos, y se decidió á servir de madre á aquel hijo abandonado; y con tanta solicitud cumplió el dulcísimo deber que ella misma se había impuesto, que el pobrecito comenzó bien pronto á cobrar ánimo y salud, y á hacer con sus gracias naturales y donosas monadas las delicias de mi patrona y de todos los huéspedes que se albergaban en la casa.

Pero el primero en su cariño era yo, que le había salvado cuando estaba próximo á morir abandonado; no parecía sino que conocía que aquella vida, aquella salud que gozaba, me las debía únicamente á mí.

Un mes después, para que me convenciera de la firmeza y sinceridad de su afecto, aquel hijo sin padres estaba constantemente á mi lado, mirándose en mí, y á todas partes me seguía como un perro, como lo que era, lector amigo, porque, en efecto, era un perro de aguas.

II

QUIÉN ERA LA QUE ARROJÓ Á LA CALLE EL RECIÉN NACIDO

La mujer más amante de su marido tiene momentos en que el compañero de toda su vida le parece un ente insoportable, y el esposo de la mujer más hermosa del orbe cristiano llega á fastiarse, aunque momentáneamente, de ver siempre aquel rostro lleno de perfecciones, y á sospechar que por esos mundos hay otros semblantes mucho más perfectos que el plusquamperfecto de su mujer. No hay matrimonio por cuyo cielo no cruce alguna vez una nube más ó menos pasajera, que aleje uno ó más días á la esposa del esposo y al esposo de la esposa, y dé á una y otro ese aire de cómica gravedad y ofendida dignidad, ó violenta indiferencia, que nunca se vería en mujer ni en marido alguno, si conocieran los interesados lo grotescamente risible de esos paréntesis de la felicidad conyugal.

El amigo más cariñoso, el que más pruebas te dió de fraternal afecto, de verdadero interés,

comenzará á olvidarte el día que se enamore, ó se haga rico, ó llegue á ministro, para concluir por no conocerte.

No te asombres, pues, amigo lector, si te digo que el hombre que no ha tenido un perro por compañero, no ha visto grandes ejemplos de fidelidad y gratitud.

Dí á tu mujer que te han dado un destino para Filipinas, y que es preciso echar el pecho al agua, y si tu mujer no tiene afición al mar, ó no quiere separarse tantas leguas de la moda, y de sus amigas, y de los teatros y del Prado, ó tendrás que quedarte y naufragar en tierra, ó marchar solo con la espina de los celos en el alma, al considerar que tu mujer te deja marchar solo, por no ir sola contigo, prefiriendo quedar sola lejos de tí.

Pero ten un perro por compañero, y allá irá él donde tú vayas, sin que le arredren dificultades ni peligros, allá irá él quizá contra tu misma voluntad, y sin esperar de tí mejor premio que un par de puntapiés.

Niega á tu mujer un corte de vestido que se le antojó, ó no la llesves tan *bien puesta* como lleva tu vecino el coronel á su mitad la coronela, y ya te puedes preparar á una escena de lágrimas, recriminaciones y amenazas, capaz de hacer saltar por el balcón de un piso tercero al hombre mejor cristiano y más apegado á la vida y á su mujer.

No des un día de comer al perro, y verás cómo lo más que hace el pobre animal es mirarte fijamente, como preguntándote con los mejores modos posibles la causa de aquella dieta que siente y no comprende.

Todas estas extravagantes reflexiones me hacía yo, advirtiendo el interés que me demostraba aquel animalito, arrojado á la calle, que no había conocido otro padre que mi humilde persona, y que si todos sus deudos hubieran venido á reclamar su amor, es seguro que él los habría oído como quien oye llover, y no se hubiera separado de mí á tres tirones, protestando enérgicamente en el caso de que se quisiera emplear la fuerza para trasladarlo á la casa materna.

—¿Quién será, me preguntaba yo mismo, el alma de estuco que tuvo valor para intentar destruir, apenas nacida, esta obra de la naturaleza?... Será algún alguacil, algún escribano, algún prestamista ó usurero, me respondía, convencido de que sólo un hombre enemigo de los demás y que vive con perjuicio de tercero, podía tener suficiente sangre fría para hacer á las altas horas de la noche aquel alarde de odio á la debilidad y á la inocencia.

Cuatro meses habían pasado desde la noche de mi feliz hallazgo, y el demonio de la curiosidad, que es el demonio familiar de todos los nacidos, me sugirió el deseo de conocer al ase-



sino de mi hijo adoptivo—(y ustedes perdonen la frase)

¡Cómo gozaba yo con la idea de llegar un día, con mi perro detrás, á la puerta de aquel criminal, y decirle:—«¿Te acuerdas de la noche del 13 de enero?—¡Levanta la faz, miserable, y tranquilícese tu conciencia, que tu víctima sigue sin novedad!»

Dediquéme, pues, á informarme con más ardor, con más solicitud que un cesante se informa de las probabilidades de vida ó muerte del gobierno, y por la portera de la casa del crimen supe de *pe* á *pa* lo que sucedió aquella noche, para mí de eterna recordación.

Ella me lo refirió, y yo, puliendo un poco el lenguaje,—que una portera no ha de hablar como un académico de la Lengua, por más que en cuanto á lengua pueden dar las porteras quince y falta á todos los académicos del mundo civilizado,—y ya se supone que no ha de haber academias en el mundo incivilizado,—lo pongo á continuación.

—Pues eso fué en el cuarto segundo, me dijo, sí, señor; allí estaba yo, sí, señor; porque, mire usted, en el cuarto segundo vive un señor que está empleado... ¿dónde dice que está empleado?... ahí en una oficina... En fin, es de esos que corren con la sal.

—¡Ya! Está empleado en el Saladero.

—No, no señor. ¡Ave María Purísima!... ¡Pues

poquito mirado que es el señor!... Nadie podrá decir que tiene trapisondas ni hace mal á nadie... Al contrario, sí, señor; yo estoy á matar con él porque á todos los pobres les da limosna, y, como lo saben, en todo el día no hacen más que subir y bajar, y al cuarto de hora de barrer, ya me han puesto la escalera perdida... y, como no estoy ya para trabajar como cuando era muchacha, lo que yo le digo, con tanto trajín me voy á dañar del pecho... Pues, sí, señor; está empleado en eso... ¡Jesús!... Si lo tengo en la punta de la lengua...

—¿En el ministerio de Hacienda?

—¡Ajajá! eso es, en el *misterio* de la Hacienda; es un buen señor, muy arreglado, muy *metido en sí* siempre, y que no habla cuatro palabras seguidas... Ya se ve, el pobre pasa tanto con sus hijas, que son unas tontuelas, siempre puestas de monas en el balcón, y siempre hablando con Juan y con Pedro, y con el negro y el blanco por el ventanillo... Pues, esa es otra; ¡si viera usted qué susto me dió la otra noche uno que venía á pelar la pava con la señorita!... Pues, señor, subía yo tan descuidada, como quien ni teme ni debe... ¿A qué subía yo?... ¡Qué cabeza!... ¡Ah! ya me acuerdo, á pedir á la vecina del satabanco unos fósforos para encender el farol... Pues, señor, subía yo, y como estaba oscuro, oí una voz muy gruesa... ¡qué! mucho más gruesa que la de mi marido, que canta de noche en el

teatro *Rial*, y le dan tres reales, que decía: «Estoy decidido, vengo á robarte, y á quien se me ponga por delante, le mato!» ¡Figúrese usted cómo me quedaría yo!... ¡Aún no me ha salido el susto del cuerpo!... ¡Si me hubiese sangrado entonces, no me hubieran sacado una gota de sangre!... Dió la casualidad de que detrás de mí venía el sastre del cuarto bajo, que dicen si tiene ó no tiene, y que si fué que si vino con la modista de arriba, y para ver mejor había encendido un fósforo...—¿Qué tiene V., señora Rita? me dijo, al verme sin movimiento y hecha una estatua de piedra.—¿Qué he de tener?... ¡Que hay ladrones en casa!...—Y ¿sabe V. lo que era?... Que el novio de una de esas relamidas estaba hablando con ella, y diciéndole todos esos disparates; el mozo bajó la cabeza y la escalera, y la niña cerró el ventanillo; pero yo allí me estuve alborotando media hora para que se enterara su padre y le diera un par de pescozones bien dados... Pues lo mejor fué otro día que se encontraron dos al mismo tiempo, que ellas no se contentan con uno, y se armó en el portal una de golpes, que toda la vecindad se enteró, y vinieron los serenos y el juez, y mi marido tuvo que salir con el uniforme de nacional, porque mi marido, ¡vaya! siempre ha sido miliciano, y no es de los que entregan el uniforme, que dice que con él le han de enterrar.

—Bien, señora; vamos al cuento del perro...

—¡Ah! sí; ya no me acordaba del perro... ¡Qué! si le digo á V. con verdad que tengo la cabeza como un bombo, y que en esta maldita portería voy á perder el juicio... Muchas veces me ocurre que salgo á la calle para ir á un recado y me vuelvo sin haber ido... Y es que como todos mandan á un tiempo, y todos quieren ser los primeros en ser servidos, y siempre están: ¡Señora Rita! por abajo, ¡señora Rita! por arriba... que era preciso que yo me volviera diez para dar gusto á todos, y aun así tendría que tener cuarenta manos y cuarenta pies...

—Bien; pero el perro...

—Sí, señor; el perro es hijo de la perra.

—¡Vaya! ya vamos averiguando algo.

—Es una perra muy bonita, sin agraviar á nadie, que era de la señora del señor del cuarto segundo... Aquella sí que era buena señora... Se murió el año pasado... Le salió un granito como la cabeza de un alfiler en una pantorrilla, y no hizo caso... ¡Pues ande V., que aquel granito la llevó al hoyo!... Cuando se quiso poner el remedio, ya era tarde, y los médicos dijeron que había que cortar la pierna, y ella no quiso... y no hubo más, murió. ¡Dios la tenga en la gloria! siquiera por el bien que me hizo... Aun tengo, mire usted, este vestido y este pañuelo que ella me regaló... Y ella, la pobre, me sacó de pila todos los hijos que tengo, que son seis, y tres que se me han muerto de alfombrilla...

Ahora sí que ya no tengo quien me saque este...

—Pero el perro...

—¡Pues poquito que quería la señora á la perra!... Todos los días, antes faltaría el sol que la media librita de ternera para la perra, y los bizcochos de soletilla, y los terroncitos de azúcar... Bien dicen que los animales son lo mismo que las personas; el animal que tiene suerte... ¿para qué quiere más día de fiesta?... En fin, mire V. si tendría la señora puestos los cinco sentidos en la perra, que una vez el animalito empezó á enflaquecer y á no querer tomar más que algún bizcochito, y todos creyeron que se moría, como que así lo dijo el director de la Veterinaria, á quien la señora mandó llamar... Pues, ¿sabe usted lo que hizo la señora? cogió la perra, y con una criada, se la llevó á los baños de mar... Y, amigo, como mano de santo; al mes y medio volvió la perra tan gorda, que se le podían contar en el lomo moneditas de cinco duros.

—Bien, pero el perro...

—Pues, señor, la perra perdió sus pies y sus manos con la muerte de la señora; las hijas no tienen tiempo para ponerse moños y cintajos y escribir cartitas á los novios; el señor se está todo el día en la oficina, y luego, ya se ve, los hombres no sirven para ciertas cosas, y en sacándoles de la pluma y el libro, que parecen unos evangelistas, no saben donde tienen su mano derecha...

—Pero decíamos que el perro...

—Pues, como digo, la perra era primeriza...

—Ya vamos entrando en la cuestión.

—Y á pesar de hallarse en días de parir, nadie se cuidaba de ella; verdad es que había echado un geniecito que ¡ya! ¡ya!... Al aguador le mordió en una pantorrilla, y á un amigo del señor, uno que es militar y no cabe por esa puerta, le atarazó una mano, que por poco se le queda con los dedos en la boca... Sólo conmigo no se propasaba el animalito, porque yo, eso sí, la trataba con mucho mimo y no la hacía rabiar nunca, y en diciéndole: «¡Norma! ¡á ver si voy por un palo!» ya tenía V. á Norma meneando la cola y agachando las orejas.

—Bien, pero el perro...

—¡Dale con el perro! ¿No le he dicho á V. que el perro es hijo de la perra? Pues, señor, llegó el día del parto de la perra; la perra era muy bonita, y todo el mundo quería que le guardasen una cría, que hubiera sido preciso que la perra pariera treinta ó cuarenta perros para dar gusto á todos. Pero los compromisos más graves eran tres; y se decidió regalar estos tres y reservar uno á la madre; mas el hombre propone y Dios dispone... Siempre sucede lo mismo en el mundo; aquello que más se desea es lo que más difícilmente se logra; y además, eso es lo que tiene no contar con la huésped, y querer, como el otro que dice, enmendar la plana á Dios...

Pues, señor, en cuanto conocieron que llegaba el momento, es claro, me llamaron á mí, porque yo era la única con quien la perra solía hacer migas... Subí, y el pobre animalito estaba prostrado, y ¡si le viera V.!, me lamía la mano como si conociera que se trataba de hacerle bien, y me miraba con unos ojos tan tristes, que no le faltaba más que hablar... ¡Poquito que me dió que hacer la tal perrita!... Allí estuvimos horas y horas mirándola, y sufriendo también con verla sufrir... Al fin, nació uno... Ya había para contentar á uno de los compromisos... Pero dieron las nueve, y las diez, y las once, y las doce, y la una, y las dos, y... ¡nada, no había más perros!... Todos nos quedamos con la boca abierta, viendo que no se podía cumplir con nadie, y considerando qué dirían las personas que ya estaban consentidas en tener perro... Ya ve V. si era compromiso; podrían creer que se los habíamos dado á otros, y ¿quién sabe? hasta que los habíamos vendido á esos tíos que los venden luego en la Puerta del Sol.

—Pues yo tengo que dar el perro, decía una de las hijas, á mi primo, que lo quiere para su mamá, que hace mucho tiempo está con la manía de tener un perro.

—No, señor, decía el padre, que hay que dárselo á mi jefe, que me lo tiene pedido para sus niños.

—Pues antes es la tía, decía la otra hija...

¡Pues poquito que lo agradecerá ella, que todos los días viene tres ó cuatro veces á ver si ha nacido el perro!...

—Pues me lo llevaré yo.

—Pues yo no quiero.

—Pues yo tampoco.

En fin, se armó tal escándalo, que el padre tiró de la campanilla, y á la doncella que vino á ver qué se le ofrecía, le dijo:

—Soledad, ese perro para tí.

La doncella lo cogió, se lo llevó, y las chicas se quedaron llorando como Magdalenas.

—Yo no quiero perros, dijo la doncella, y abrió la ventana, y ¡zás! á la calle el perro.

Al decir la portera las anteriores palabras, bajaba por la escalera de aquella casa una joven extremadamente hermosa; tan hermosa, que la ví sólo un momento, y ofuscado por tan peregrina belleza, quedé como Alejandro en presencia de las hijas de Dario, sin atreverme á alzar los ojos para verla otra vez.

Aquella mujer, al pasar por delante de la portería, dió las buenas tardes á la portera, y cuando hubo salido del portal, exclamó ésta:

—¡Esa es!

—¿Quién? dije yo.

—La que tiró el perro por la ventana; Soledad.

Y yo, sin oír más, salí detrás de aquella hermosura de rostro angelical y alma capaz de estrellar un perro en medio del arroyo.

III

MI CONVERSACIÓN CON LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO, Y CÓMO SE ME PERDIÓ EL PERRO, Y CÓMO LO ENCONTRÉ.

Aquella mujer que había intentado estrellar á un perro, reunía todas las condiciones necesarias para estrellar á los hombres á quienes ofuscara la luz de sus ojos.

Tenía aquella mujer unos ojos que cegaban los de los demás, al mismo tiempo que con sus brillantes resplandores podían iluminar el alma y el entendimiento del hombre á quien miraran con amor.

Yo me hubiera atrevido á cruzar acompañado de aquella mujer, en medio de la obscuridad de la noche, el bosque más desconocido y peligroso; la luz de aquellos ojos debía alumbrar en las tinieblas y la soledad lo mismo que una luz eléctrica, aunque mis lectores no se decidan á admitir la hipérbole.

Yo, antes de conocerla, odiaba á aquella mujer por la acción criminal de haber arrojado á la calle un inocente; pero, ¡ay, lector de mi

alma! la ví, y todo mi odio se tornó en admiración, y en vez de dirigirme á ella apoyado en la fuerza de la razón, para reprocharle aquel atentado cometido en medio de las tinieblas, y que debía ser sombra aterradora de su conciencia, la seguí embebecido, y, si mis lectores me permiten la frase, cayéndoseme la baba, como un colegial á quien una modista da la primera cita, y la sigue, antes de acercarse á ella, estudiando lo que la dirá, para no atreverse á decir nada cuando llega á hablarla.

La portera me había dicho que aquella mujer era la doncella del piso segundo. Esto sería cierto; pero su traje y sus distinguidas maneras daban claramente á entender que no pertenecía tan peregrina hermosura á la vulgaridad del ramo de criadas, sino á lo que puede llamarse la aristocracia de ese mismo ramo.

Y tan preocupado iba yo en pos de la susodicha, contemplando su airoso talle, que dejaba descubierto una graciosa mantilla de blonda, una de esas mantillas que tanto envidian nuestras vecinas del otro lado de los Pirineos, que llegué á olvidar que si yo seguía á la doncella del piso segundo por curiosidad ó por otra cosa, el perro me seguía á mí por desinteresado y leal afecto.

Tres ó cuatro calles habíamos cruzado ya, cuando por un movimiento más instintivo que determinado, volví la cabeza; el perro no venía

detrás de mí; el perro se había perdido. Salí al centro de la calle, por si el pobre animal se había quedado atrás y podía distinguirlo, pero nada; el perro no venía.

Aquella mujer era sin duda el demonio familiar del perro. Apenas nacido, había atentado á su existencia, y el día que el infeliz volvía á verla, se perdía, y perdía así el único amigo que tenía en el mundo, el alma generosa que le había salvado de una muerte cierta y obscura.

Aun no he podido averiguar si el instinto hizo volver pies atrás al perro, diciéndole que aquella mujer era su mayor enemigo, y quizá para que yo me volviera también, ó si al ver que yo seguía muy serio las huellas de tan seductora sirena, me dejó como cosa perdida, y no tuvo valor suficiente para verme dar cima á mi temeraria empresa.

¡Lástima que yo no tenga el talento analítico de Edgardo Poe! Esta narración de verídicos sucesos ganaría mucho á los ojos del lector.

Mi dueña, que aquella mujer lo era de mi alma desde el momento en que tuve la dicha de verla, como escribiría un barbero, se detuvo un momento delante del escaparate de una fonda, en el cual se veían en deliciosa confusión platos llenos de chuletas, merluza, anchoas, etc., etc., y jamones máximos, y salchichones pródigos, y el cadáver de un respetable pavo, y otras cosas igualmente apetitosas, y capaces de poner de

un humor de todos los demonios al cesante más resignado y pacienzudo, y de resolver á la viuda más arregladita á tomar dinero sobre su paga, que no falta en Madrid donde se lo den, nada más que al ochenta ó al ciento por ciento, que no es un robo, por más que tenga todas las apariencias de tal, de estas apariencias exceptuando la causa que se forma á aquel que comete un robo con otras circunstancias y la prisión que se le impone por vía de corrección.

—¡Aquí te quiero ver, Soledad! dije para mí, al verla delante del escaparate de la fonda; y estirándome los puños de la camisa, y ladeándome un poco el sombrero sobre la oreja, y metiendo el índice de la mano izquierda en el bolsillo del chaleco, me decidí á pararme á su lado delante de aquel templo de la gula.

No dejó de mortificarme que una tan perfecta y preciada hermosura detuviera su vuelo—sigue el lenguaje hiperbólico,—para contemplar con cierto deseo prosáicas viandas, ni más ni menos que uno de esos *gourmets*, que viven para comer, y que no tienen más inteligencia que la que se necesita para saber en qué tiempo es más saludable el cordero, y cuando está buena la merluza, y qué salsa es la más sabrosa, y cuales sustancias las más nutritivas; uno de esos hombres que siempre llevan el chaleco abierto y la boca también, y el sombrero en la mano, sofocados, ahitos, y respirando con la

fuerza de treinta caballos, y saludando á las personas que los hablan ó pasan á su intermediación con un tufillo á los manjares con que acaban de regalarse capaz de volcar á un cristiano y de hacer subir, sin otro gas, un globo á una altura como cuarenta veces la Giralda de Sevilla.

—¡Bendito sea Dios que tan buenas cosas cría! dije deteniéndome á su lado, ni más ni menos que hubiera dicho un cabo segundo ó un picador de toros.

—¡Ya lo creo que son buenas! dijo ella mirándome graciosamente con el ojo izquierdo.

Si llega á mirarme con los dos, caigo muerto sin pestañear.

Yo lo decía por ella, y ella entendió que lo decía por los platos del fondista.

—Si V. gusta... añadí.

—Muchas gracias.

—¡Con franqueza!... Precisamente tengo muchas cosas que decir á V., y como estoy más interesado en decirlas que V. en saberlas, me creería dichoso con poder en cierto modo recompensar á V. la amabilidad de que necesita para oirme, por más que sea toda recompensa indigna de tan señalado favor.

Este macarrónico apóstrofe hizo su efecto en aquella hermosura, á quien, por lo visto, nadie había hablado tan culto.

—Y ¿qué tiene usted que decirme?

—En primer lugar, que es usted un ángel;

después quiero aliviar á usted de un peso que debe tener en la conciencia.

—¿Quién? ¿Yo?... Nunca he hecho mal á nadie.

—¡Oh! Sí ha hecho usted, y lo ha hecho con premeditación, ensañamiento y demás circunstancias agravantes, según la ley.

—¡Vaya! Si tiene usted gana de divertirse, compre usted una mona.

—Dios me libre de gastar el dinero en animales de esa especie, cuando puedo gastarlo en que usted y yo nos regalemos ese plato de anguilas que están diciendo «comedme».

—Yo no le conozco á usted.

—Pues por eso precisamente quiero que nos conozcamos, y como dice el refrán que en la mesa es donde más se conocen las personas, nada tiene de particular que proponga á usted ese medio de inaugurar nuestra amistad.

—Por lo franco me gusta usted.

—Y usted me gusta por ese rostro, copia exacta del más hermoso querubín, y por el deseo que tengo de saber por qué con ese rostro angelical, tiene usted alma para quitar la vida á un recién nacido.

—Caballero, poco á poco; no me insulte usted ni me levante falsos testimonios, porque llamaré á un cívico...

—Tranquilícese usted, hija mía; el muerto no tiene novedad; digo, ahora no sé lo que le

habrá sucedido, porque venía conmigo, y apenas ha visto á usted ha desaparecido.

—Pero, ¿de qué habla usted?

—¿No lo adivina usted? ¿Nada le dice á usted su conciencia?... ¿Se acuerda usted de la noche del 13 de enero? ¿No recuerda usted que á las tres de la madrugada salió usted al balcón y...

—¿Yo?... ¿Al balcón?... ¡Vamos! ¡Calle usted, por Dios! ¿Qué había de hacer yo en el balcón á esas horas? ¡Digo, y en enero!... Pues para coger una pulmonía, no se necesitaba más...

—¿Pero negará usted que arrojó el perro á la calle?...

Una estrepitosa carcajada respondió á mi pregunta.

—¡Qué gracioso! ¿Con que era el perro?... ¡Dichoso perro! Bien nos dió que hacer antes del parto, en el parto y después del parto.

—Pues, sí, señora, yo fuí quien lo recibió en mi sombrero.

—¡Usted!... Déjeme usted reír...

—Yo quien le llevé á mi casa, y lo cuidé con solícito afán, y lo tuve siempre á mi lado, como mi único, mi fiel amigo, hasta que hoy mismo, hace un momento, cuando venía detrás de usted, ha huído de mí, ó se ha perdido, ó me lo han robado.

—¿Y quién le ha dicho á usted que yo tiré el perro?

—La casualidad, que descubre todos los crímenes; pero no hablemos ya del perro; la odiaba á usted sin conocerla, mas ahora que la conozco... ¡qué simpática es usted, Soledad!

—¿De veras?

—¡Lástima que sirva á otros quien debía ser servida por los poderosos de la tierra!

—¡Jesús!... ¡qué ponderación!

—Debía usted ser reina.

—¡Cómo ha de ser! Realmente, no soy una criada, porque en la casa donde vivo me consideran y estiman mucho, y mi obligación es acompañar á las señoritas, con quienes me he criado... Mis padres sirvieron á los padres del señor, mis abuelos al abuelo... y soy como de la familia.

—¿Y está usted contenta con su suerte?

—¡Qué remedio! ¡Como yo no puedo elegir otra!...

—¿Y no piensa usted salir de esa situación?

—Sí, señor; pienso casarme.

—¡Ah, ya! Y si yo me atreviera á esperar...

—Mire usted, ya sabía yo que había usted de venir á parar en eso.

—¿Por qué?

—Porque ustedes los señoritos, apenas ven una mujer pobre y honrada, allá van, sin encomendarse á Dios ni al diablo.

—Luego tiene usted ya puestos los ojos en alguno más digno que yo.



—Yo no tengo puestos los ojos en nadie; pero cuando los ponga, los pondré en un hombre que sea tanto como yo, pero no en quien sea más que yo.

--Yo me conceptúo mucho menos que usted.

—Eso es un decir; pero vamos á ver: ¿usted se casaría conmigo?

—¡Quién sabe!

—¡Bah! No diga usted disparates. ¡Si conoceré yo á los hombres!... Usted me querría para pasar el tiempo.

—Probemos.

—Dios me libre. El hombre que me quiera, se ha de casar conmigo, y ha de ser de mi clase. Mi padre se casó con una doncella, y mi madre con un mayordomo, y su casa fué siempre la de la paz y la tranquilidad, y entre los dos economizaron buen dinero, y así me dejaron á mí veinte onzas, que tengo en la Caja de Ahorros, y que el día que me case, con lo que traiga mi marido...

Te confieso, lector del alma, que aquella manera de razonar de una mujer tan hermosa, me tenía con la boca abierta.

—Pero, ¿puede usted responder de no enamorarse de uno que sea más ó menos que usted?

—¡Bah! ¡Bah! ¡Tonterías! El amor es muy bonito en las novelas.

—¿Usted las lee?...

—Ya lo creo; todas las que tienen mis seño-

ritas las sé ya de memoria. *El Judío Errante, El Conde de Montecristo, Las Memorias del Diablo...*

—Pero, ¿qué opinión tiene usted del amor?

—El amor... ¡Déjese usted de bromas!... ¡Oros son triunfos!

—Sospecho — repuse — que algún desengaño ha sido la causa de la incredulidad que manifiesta usted.

—¡Quiá! No, señor. El que me engañe á mí necesita saber mucho.

—Luego, para usted la felicidad consiste en...

—En tener dinero; sí, señor, porque, como el otro que dice, donde no hay harina, todo es mohina, y tanto vales cuanto tienes... Mire usted, pongo por caso: en casa, cuando el señor está cesante, que ya le he conocido así seis veces, las señoritas están que no hay quien las sufra, y no van al paseo porque no pueden llevar cada semana un vestido, y los novios empiezan á desfilar; yo misma no tengo el gusto que cuando hay dinero en casa y se puede tirar de largo... Y, por supuesto, que no hay cocinera que pare allí cuatro días, porque en seguida comienza aquello de: «¡Fulana, *estire* usted el aceite.—Fulana, ¿dónde va usted á parar con tanto carbón?—Fulana, traiga usted la carne con hueso!...»—En fin, es cosa de no poder vivir. Y ya ve usted, ¿qué adelantaría yo con casarme con un señorito, por ejemplo, con usted?

—Yo soy una persona muy decente, y seré médico dentro de tres años.

—¿No le decía yo á usted?... ¡Médico! Pues primero que usted tenga enfermos, ya habrá llovido y se habrá secado... Y luego, ¿qué había usted de hacer para cumplir sus obligaciones?... ¿Irse á un partido?... Pues ya teníamos lo que nos hacía falta para morirnos de hambre. Y si no, que lo diga un tío que tengo yo, que es médico de ahí de un pueblo de la Mancha, y que le dan cada año cuarenta cántaras de vino, ochenta reales para casa y quince duros—que ni á la onza llega siquiera—y dos veces ya le han querido matar, la una porque se murió de repente el alcalde, y como no pudo hacer testamento, la justicia *se echó encima*, y un sobrino de un primo suyo, que esperaba ser el heredero, se quedó como estaba; y la otra, porque al herrador se le quedó tuerta la novia, de una coz que le arrimó una mula, y mi tío no le pudo poner otro ojo en lugar del que el animal le echó fuera... Pues ande usted, que el sobrino del primo del alcalde le tiró una pedrada, que le dió salva la parte, y si llega á darle en la sien, allí le deja, y el herrador le descerrajó un trabucazo, que aun tiene mi tío el sombrero agujereado. Y gracias á que el de la pedrada está en presidio por diez años, por haber salido con otros á robar una diligencia, y el herrador tronó con la tuerta y se casó con otra, que si no, acaban con

mi tío el mejor día del año. ¡Vamos! si fuera usted escribano, menos mal; con un escribano se puede casar una mujer sin ningún temor, porque, ya se sabe, pleitos no han de faltar nunca, y todos los pleitos los ganan los escribanos... Mire usted, á una de las hijas del señor la pretendía uno que estudiaba para escribano, y como tienen tanta vanidad, no le quiso, porque decía que tenía facha de hortera, y porque llevaba estrechas las mangas de la levita, y llenos de tinta los dedos y los puños de la camisa, y siempre con los papeles debajo del brazo... Pues mire usted, hace dos años, se murió su principal y le dejó la escribanía, y él, para dar en los ojos á la señorita, ¿sabe usted lo que hizo?... Pues de la noche á la mañana se casó con una de esas que hacen botones, allí, en los portales de Santa Cruz, y hoy es el día en que están como unos príncipes, y la mujer del escribano anda por ahí hecha una reina, con criada, doncella, ama de cría y niñera... Pues ¿y la suerte que ha hecho una cocinera que tuvimos en casa?... Eso sí, era muy guapa; una vizcaína más alta que usted y con unos cuartazos que daba miedo verla, buena chica, muy limpia, muy hacendosa, aunque un poco borracha, como buena vizcaína, y con una cabeza más dura que un adoquín, pero por lo demás, una mujer completa. Pues empezó á tontear con el mayordomo de un marqués que vivía enfrente

de casa, y lo cierto fué que un día el marqués tomó soleta más que á paso, porque estaba lleno de trampas, y siempre tenía que andar á salto de mata, y el mayordomo, no sé cómo lo hizo, pero se quedó con todo lo que había en la casa, y fué, y vino, y sacó de servir á la cocinera, y se casó con ella, y ahora los tiene usted que han puesto una fonda, y el otro día me dijo ella, que la encontré en la esquina, que su marido es hombre que no se deja ahorcar por diez tagallegas.

—Pero, hija mía—me atreví á decir después de esta andanada de ejemplos—¿es posible que sea usted tan materialista?

—Pues qué, ¿quiere usted que me alimente de ilusiones? ¡Bah, bah! No tenga usted un cuarto, y eche un poco de amor en el puchero, verá usted qué buen caldo sale...

Aquella mujer tan hermosa, aquella mujer que á primera vista parecía de corazón noble y alma apasionada, capaz de hacer la felicidad del hombre á quien amara, aquella mujer era una figura, no más; una figura que podía servir de muestra, como las que hay en las peluquerías ó en las fábricas de corsés, en una exposición de las miserias del mundo; si la mujer puede compararse con un libro aquélla era como un libro escrito por un ateo, cuya lectura deja en el alma un desaliento, y en la inteligencia una fatiga, si así puede decirse, que sólo des-

aparecen con la lectura de una obra cristiana.

No tuve valor para hacer más observaciones, ó no las supe hacer; esto me parece que era lo más cierto. ¿Quién puede, no ya discutir, sino hablar siquiera, con una mujer á quien se le dicen amores y contesta: «Oros son triunfos?»

Y el egoísmo de aquella mujer era más calculador de lo que generalmente lo es ese vicio repugnante de la humanidad.

No quería casarse con un señorito, como ella decía, porque no era de su clase, y porque, si era pobre, no podría vivir tan holgadamente como la mujer del escribano, ó la cocinera vizcaína casada con el mayordomo.

Tampoco podía resignarse á ser mujer de quien hubiera nacido más alto que ella, porque la vanidad no le permitía sufrir la superioridad de su marido.

Quería, pues, unirse á un hombre de su misma condición; económico, avaro, egoísta como ella, sobre el cual tendría la ventaja de no estar enamorada de él, que entre dos corazones fríos y dos almas mezquinas no deja de ser una ventaja.

Me despedí de ella, pero su imagen quedó grabada en mi corazón.

Cuando estuve solo, me acordé del perro perdido, á quien había descuidado por seguir á aquella máquina con faldas.

También me acordé de mi pobre madre, á quien en mi niñez oí decir muchas veces que

quien hace daño á un animal, también se lo hará al prójimo, si puede.

Volví á mi casa; el perro no había vuelto.

Confieso, lector indulgente, que lloré por aquel animal, como llorarás tú el día que pierdas tu mejor amigo, el amigo que no te haya abandonado en tu soledad, que haya participado de tus penas y tus glorias.

Pero la peregrina imagen de aquella mujer no se apartaba de mí.

Conozco ahora, muy tarde por cierto, que debí haberla olvidado, juzgándola indigna de un amor que era incapaz de sentir, y aun de comprender; pero mi amor propio se sublevaba al imaginarme débil para empeñarme en la empresa de la regeneración de Soledad, al mismo tiempo que me halagaba muy mucho la idea de lograr convertir á la fe aquella alma descreída y hacerla mi esclava, después de purificada de sus pasados errores.

Quise dormir, y no pude.

Si aquella mujer hubiera sido una noble y encopetada dama, yo no me hubiera vuelto á acordar de ella; pero eso de que una doncella de un piso segundo me diera un desaire tan humillante, y pospusiera un estudiante de medicina al lacayo más indigno de comer á manteles, ó á un mayordomo servil, ó á un ayuda de cámara incapaz de sacramentos, era mengua y baldón para un hombre avezado á las modistas,

que, en la escala social, están un escalón más alto que las doncellas, que comen el pan de la servidumbre.

Salí de casa el día siguiente, sin saber á punto cierto á dónde iba; y andando, andando, llegué á la Puerta del Sol, ese escenario donde se han representado las primeras escenas de tantos dramas patrióticos, políticos y bullangueros; donde tantas veces se ha gritado *¡viva!* al mismo tiempo que cada cuál procuraba quitar de enmedio al prójimo.

La Puerta del Sol es un teatro que tiene la compañía de cómicos más completa que han conocido los humanos.

Allí encontrarás, caro lector, para papeles de sentimiento, mil cesantes que, por mostrarte sus disposiciones, te encajarán cada relación de horrores, intrigas y miserias capaz de hacer sudar á un difunto; allí verás mineros que se pierden de vista, tan familiarizados con las malas acciones, que á poco que te descuides te venderán por una cantidad positiva la ilusoria esperanza de unos productos que nunca llegarán; allí unos bolsistas y unos corredores muy corridos; por allí pasan, cada dos horas, mil mujeres, que en todo se parecen á la pecadora Magdalena antes de arrepentirse, barriendo las aceras con estrepitosos volantes, y repartiendo guiños y miradas con una prodigalidad que no hace mucho favor que digamos á su valor y al

aprecio en que las tienen los hombres; allí encontrarás, seguramente, cien industriales que todos los días salen de casa sin tener la evidencia de volver, y sin poder asegurar que no acabarán el día, por cuenta del Estado, en la cárcel de Villa; allí verás, en sospechosos corrillos, cómo entre tres ó cuatro jubilados gobiernan el mundo, quitan y ponen reyes á su antojo, y disponen ejecuciones y destierros; allí verás pasearse sombríos y meditabundos, con el sombrero en las cejas, la levita abrochada hasta el cuello y el cigarro de papel en la boca, no pocos aficionados á tirar de la oreja á Jorge, que hacen tiempo (y aunque tienen la facilidad de hacerlo, lo pierden lastimosamente) para ir á desquitarse y desplumar á algún prójimo, y no con el afán de ganar dinero para dar de comer á sus mujeres y á sus hijos, no, señor, sino para volver á jugar después y satisfacer esa pasión que conduce directamente á todos los crímenes; allí verás vender relojes que no se han perdido, y no habrás visto todo lo que allí sucede si te vas sin ver cómo un coche atropella á un desdichado, y cómo algún cobrador emprende á cachetes con uno que le tira el taleguillo de duros que lleva á la espalda, y cómo algunos aprendices del *dos*, discípulos del otro, recogen entre tanto lo que pueden, ó escamotean pañuelos y lo que hallan á la mano en los bolsillos del público curioso.

Pues, como decía, llegué á la Puerta del Sol, y como éste brillaba en todo su esplendor, me pareció conveniente, por más que me hallara profundamente preocupado, colocarme á la sombra benéfica de que disfrutaban otros vagos en la acera derecha de la calle llamada de la Montera, según autores dignos de crédito porque en ella vivió y murió una hermosa mujer que lo era de un montero que no tuvo momento de reposo, ocupado como estaba constantemente en vigilar á la dueña de su corazón y en espantar á los moscones que la perseguían, porque era hermosa y porque tenía dueño, que tal es la condición del hombre, que siempre ha de empeñarse en lograr lo que no le es permitido, y mucho más cuando á su deseo se opone el derecho del prójimo.

Allí, pues, me puse á pensar cuánto obligan unos buenos ojos, y cuán pequeños y míseros somos los hombres, puesto que una débil mujer nos lleva á donde se le antoja, y dispone de nuestra vida, y fija nuestra suerte, cuando oí decir muy cerca de mí:

—¿Cuánto pide usted por ese perro?

Volví la cabeza, y el perro aludido, que estaba acurrucado entre otros y con la pesada cadena de la esclavitud al cuello, era el mío, el perro huérfano, mi único amigo.

—Diez duros para usted, señora, contestó un tío con una cara de bandido que yo, si le hu-

biera encontrado de noche en un camino, le hubiese entregado la bolsa sin chistar palabra ni pedirle explicaciones.

—¡César! grité yo; y el perro, al oír mi voz, se volvió hacia mí y comenzó á ladrar y á tirar de la cadena.

—Ese perro es mío, añadí; me lo han robado ayer tarde.

—Vea usted lo que dice, caballero, dijo el matón, porque este animal ha nacido en mi casa, y por más señas que ayer vendí la madre.

Poco me faltó para arrojarme sobre aquel miserable; pero como la gente se reunió en derredor nuestro, y el perro se deshacía por romper la cadena, y aullaba, y parecía como que me pedía auxilio, todos los expectadores se pusieron de mi parte, declarando legítima y positivamente mío el perro, hasta que un municipal llegó á dirimir la contienda.

Aquel dependiente de la autoridad tenía talento.

Era un Salomón con uniforme.

Dispuso que yo me colocara á veinte pasos del vendedor y de los animales, y que aquél quitara la cadena al perro. Si éste se quedaba entre los demás, no era mío; pero si me seguía, no era del vendedor.

Su orden fué cumplida.

El perro, apenas se vió libre, salió á escape detrás de mí.

IV

EL PROTAGONISTA DE ESTAS AVENTURAS, PARA OLVIDAR Á LA DONCELLA DEL PISO SEGUNDO, NO HALLA MEDIO MEJOR QUE GALANTEAR Á TODAS LAS MUJERES QUE ENCUENTRA EN SU CAMINO.—CON ESTA OCUPACIÓN OLVIDA NATURALMENTE SUS ESTUDIOS, PIERDE UN TIEMPO PRECIOSO, Y NO LOGRA NINGÚN PROVECHO.

Pues, como te digo, respetable lector, creí que la manera más obvia de recobrar para mi alma la paz perdida desde el infausto día en que ví aquel rostro de mujer, más perfecto que el de la célebre Venus de Milo, era aturdirme en las mil y unas distracciones que ofrece la villa al hipocondríaco y al desocupado, y entretener los ojos, por lo menos, que necesitaban, como la boca el pan, extasiarse en la contemplación de las perfecciones humanas, para que este espectáculo aliviase el luto que vestía mi alma de cántaro, humillada por aquella otra alma de piedra berroqueña.

Hace tiempo, cuando me casé, envié todos los retratos de mis novias á los originales de los mismos, considerando que si mi mujer hubiera visto aquella galería de recuerdos y de caras

bonitas, mi prestigio de esposo habría perdido algo, y éste es en todo matrimonio un mal que, como bola de nieve, puede llegar á adquirir colosales proporciones.

Hoy, que mi mujer me ha dado seis ángeles por hijos, ella verá con entera indiferencia los retratos de aquellas pobres mujeres, y la lectura de mis apuntes la convencerá quizás, á pesar de su modestia, de que vale mucho más, infinitamente más que todas ellas.

La primera á quien puse la proa, como decía un amigo mío, era una andaluza con más sal que la isla de San Fernando, amiga de mi patrona, y á quien ésta me presentó, en mi calidad de futuro médico, con objeto de que le dijera qué sería bueno para *quitarle* unos mareos que le solían dar en medio de la calle, obligándola á sentarse en los portales y á pedir auxilio á los transeuntes.

A pesar de que yo no tenía aún ni título ni motivo para curar á nadie, y aunque comprendí, por lo mucho que me mareaban los ojos de la andaluza, que la enfermedad de ésta podría ser contagiosa, resolví emprender la curación.

Obtuvo, en efecto, merced á otro amigo más docto y más práctico que yo, que tuvo la bondad de facilitarme una receta.

Consolación se llamaba la enferma, y sin duda para no ponerse en desacuerdo con su nombre, oyó benévola mi amor, y hasta me dió esperan-

zas, cuya realización, en su concepto, dependía del tiempo y de las pruebas que ella tuviera, dándoselas yo, por supuesto, de la firmeza, pureza y grandeza de mi amor.

Este, si he de decir verdad, no era ni muy firme ni muy grande; sin embargo, la andaluza, ó llegó á creer lo contrario, ó con el trato, como ella decía, llegué á inspirarle una violenta pasión,— y no me llame inmodesto el lector.—Lo cierto fué que la triste me creyó una alhaja de tan raro valor, que se dedicó, con una tenacidad digna de mejor causa, á espiarme y á seguirme, y á procurar que ninguna otra tuviera ocasión de darme los buenos días.

Consolación me quería para marido: había calculado que un médico que tan fácilmente la curó de los mareos había de ser el *non plus* de la ciencia; ella era hija de un empleado en puertas, á quien habían dejado por *ídem*, y la pobrecita no podía encontrar partido mejor que mi humilde persona.

Mientras que mi novia se limitó á decirme que *sí*, siempre que yo le preguntaba si me quería; mientras se contentó con verme una hora todos los días, cuando al anochecer la acompañaba á tomar un vaso de horchata mezclada, en verano, y un modesto café en invierno—mis relaciones con aquella hija de Eva duraron dos meses, el último de un verano y el primero de un invierno;—mientras no comenzó á hablarme

de lo que yo pensaba hacer, dando en esto una prueba de imprudente curiosidad y demasiada afición á averiguar vidas ajenas, no imaginé que aquella mujer, no era, ni por pienso, la que yo había soñado ni la que el destino me había señalado; pero cuando principiaron sus exigencias y desconfianzas; cuando empezó á tener celos, ó, por lo menos, á demostrar que los tenía, comenzó también á parecerme por demás empalagoso el dulce amor de la andaluza.

Es que aquella mujer hubiera dado al traste con la paciencia de un santo.

El primer día que falté á su casa, donde ya me había hecho entrar como novio declarado y consentido, me la encontré, á la una de la noche, asida al llamador de la puerta de la mía; y cuando me vió llegar le dió un accidente epiléptico, imitado, que nos valió sendos cachetes al sereno y á mí, que procurábamos contenerla. Enteróse la vecindad; acudió, con más celo que de costumbre, la autoridad de un celador de barrio, y cuidadosamente se la trasladó á la casa paterna.

Una vez allí, fueron precisas toda mi elocuencia y la confesión de la interesada para convencer de que no era yo reo de un rapto al ex empleado de puertas, que me amenazaba con tirarme por el balcón, piso tercero sin contar el entresuelo, ó casarme con su hija aquella misma noche.

Salí de aquella casa resuelto á no volver á ver á la andaluza, y durante tres días cumplí mi propósito sin que me costara violencia alguna; pero el cuarto recibí una carta en la que reconocía su falta la pretendida dueña de mi corazón, y me suplicaba que no la abandonase, añadiendo en su abono que, si semejante desgracia le sucedía, estaba decidida á iluminarse el estómago con cien cerillas de Cascante.

Yo hice lo que el lector hubiera hecho en mi caso: volver á verla y procurar tranquilizarla.

Felizmente, algún ángel debió inspirarme el medio de romper con mi celosa andaluza: fingí estar celoso también, y esto dió lugar á escenas de gran efecto, que al fin terminaron por un trueno gordo y con decir yo:—«Pues hemos concluído;» y contestar ella;—«Sí, señor; hemos concluído.»

Concluimos efectivamente, y nos declaramos en libertad de hacer cada cual lo que mejor le pareciera.

Una semana después la ví acompañada de un sargento primero, con grado de alférez, con el cual—según me dijo la madre, á quien encontré no sé dónde—debía casarse apenas tuviera aquel hijo de Marte la efectividad de capitán, en el próximo pronunciamiento.

La segunda señora de mis pensamientos se llamaba Cándida: la ví en un baile, donde me contó una historia de desventuras capaz de

arrancar lágrimas de los ojos de los leones del Congreso.

La pobrecita era viuda de un mala cabeza que la había arruinado, y con quien casó á disgusto de su familia, por aquello de que las muchachas se alucinan y no oyen á quien las aconseja bien, y cuanta más oposición encuentran más empeño ponen en hacer su santísima voluntad, y salga el sol por Antequera.

Dos días hice el oso enfrente del balcón del piso tercero que ocupaba aquella señora, en compañía de otras dos amigas suyas que, como ella, se dedicaban al noble oficio de coser guantes; el tercero la acompañé á entregar la obra y á comprar hilos, agujas y otras menudencias, y el cuarto tuve la satisfacción de recibir un billete de la susodicha, tan mal escrito, que lo único que pude entender fué que la viuda, para salir de un apuro, solicitaba de mi munificencia la miserable cantidad de 2.000 reales.

Convencido yo de que no había caballero que se negase á dispensar tan insignificante favor á una viuda menesterosa, quise ceder esta gloria á otro, guardé la carta en el bolsillo, y no volví á pasar por el barrio donde vivía Cándida, y hasta una vez que en la calle la ví venir, para no distraerla, me hice el distraído, fijando toda mi atención en los carteles de teatro, oportunamente colocados en una esquina.

Mi tercer amor era una dama llegada ya á

la edad en que se plantan las mujeres. Sabido es que éstas, como si jugaran á la treinta y una, se plantan en los treinta. Vivía con una tía, y entre las dos reunían una pensión decentita, con la que, gracias á Dios, á nadie necesitaban, y, como el otro que dice, podían poner un puchero y vivir en paz y en gracia de Dios.

Conocí á tan respetables señoras porque vivían en la casa inmediata á la mía, y su balcón estaba á medio metro del mío, donde solía pasarme las horas muertas viendo á unas modistas que cosían en otro balcón de enfrente.

Una mañana hallábame en mi observatorio con el perro en brazos, por más señas, para que lo admiraran mis vecinas de enfrente, quienes solían echarle bizcochos, terrones de azúcar y otras cosas. Una de aquéllas le enviaba estos regalos, y el animal los cogía en la boca con prodigiosa maestría; pero una vez la mano bienhechora de mi amiga varió involuntariamente de dirección, y un bollo que le tiraba fué á caer en el balcón de la casa inmediata. Verlo caer allí el perro y saltar desde mis brazos al otro balcón, fué cosa de un momento.

No tuve otro remedio de recobrar mi animal que tomar el sombrero y presentarme en la casa de las solteronas.

—Señora, dije á la sobrina que abrió la puerta, V. me dispensará esta molestia, pero tengo ley á ese animal...

—¿Por quién pregunta usted, caballero?

—Por el perro; por un amigo que, bien á su pesar, es prisionero de ustedes.

—¿Qué quiere usted decir?

—Mire V., habito en la casa de huéspedes vecina, y tengo un perro; pues bien, ahora poco nos hallábamos él y yo en mi balcón; yo le tenía en brazos, pero vió caer en el balcón de ustedes un bollo, y no quiso perdonar el bollo por el coscorrón, porque saltó y allí está el pobre encerrado, sin atreverse á saltar otra vez al mío, convencido de que no porque en una ocasión se evite un peligro puede uno considerarse exento de caer en otro. Con que si ustedes me hacen el favor de darme el perro...

—¡Animalito! exclamó la bella señora, no sé si por mí ó por el perro, y me hizo entrar para que yo mismo diese libertad á mi bueno y fiel amigo.

Una vez dentro, y libre el animal, hube de referir todas las gracias y habilidades de mi compañero, y la manera cómo vino á mi poder, apenas nacido del seno de su madre, y cómo se me había perdido una vez, y cómo le había recobrado cuando ya le iban á vender públicamente. Esta relación interesó tanto á mis dos vecinas, que me prodigaron grandes elogios por mi buena obra, refiriéndome, en cambio, la historia de más de cien animales que ellas habían tenido ó conocido en las casas que frecuentaban.

V

COMO ES TAN LARGO EL EPÍGRAFE DEL CAPÍTULO ANTERIOR, PUEDE SERVIR TAMBIÉN PARA ESTE

La sobrina de aquella tía, carísimo leyente, era una solterona de tomo y lomo, que, según ella decía, no había inclinado la cerviz al yugo matrimonial, no por falta de pretendientes, sino porque ella había (son sus palabras) mirado siempre adelante.

Casada, decía ella, tenía que haber seguido la suerte del dueño de su mano y su corazón, y sabido es que la vida del hombre está sujeta á mil alternativas é incalculables eventualidades, de las que puede decirse con verdad que las tres cuartas partes son adversas.

Soltera, nadie podía quitarle su pensión, con la cual tenía asegurada la satisfacción de todas sus necesidades, y por ende una vida tranquila y dilatada; porque, digan lo que quieran, las penas y los trabajos, si no matan de pronto como un pistoletazo ó una pulmonía aguda, acortan desapiadada y seguramente la vida.

Casada, tendría que subordinarse al carácter

y á los caprichos de un hombre, á quien podría querer con toda su alma, lo mismo que podría odiarle con los cinco sentidos á los dos meses de verificada la boda; tendría que ser esclava, por más que la llamaran señora, y además siempre es muy difícil tarea la de dedicarse á hacer la felicidad propia y la ajena.

Soltera, nadie podía poner límites á su libre albedrío, y no se vería obligada á obedecer otra influencia que la de su santísima voluntad, por aquello de tener sus cuentas ajustadas con todo el mundo, y de que nadie sabe lo que vale la libertad hasta que la pierde.

Y por si no eran suficientes estas razones, se apoyaba aquella señora en la de que el amor es cosa por demás efímera, y muy ocasionada á peligros de todo género y á desengaños de marca mayor.

Dice Francklin que un soltero es un hombre incompleto; seguro estoy de que Francklin pensaba que una soltera no es mujer, puesto que no cumple ni en todo ni en parte la dulcísima, la meritoria misión que Dios impuso á la mujer.

Una mujer que permanece soltera por cálculo no puede tener instinto alguno bueno, ni sentimientos nobles, ni conciencia de su propio valor; es decir, que una soltera se cree, en el hecho de serlo, un ente completamente inútil, perfectamente incapaz.

Siempre me ha aconsejado el demonio empe-

ñarme en empresas temerarias, y, obedeciendo, sin duda, á esta influencia diabólica, me empeñé en conquistar el corazón de aquella sobrina de su tía, empeño mucho más difícil que consolar á una fea ó dejar de pagar á un escribano.

Halagábame muy mucho la esperanza de poder decir algún día á aquella mujer, locamente enamorada de mi insignificante individualidad: «Señora, yo no he querido á V. en mi vida, V. es una coqueta que necesitaba una lección, y yo he sido el afortunado mortal que ha sabido dársela; quede V. con Dios, si Dios puede quedar con V., y salud... y mandar.»—Quería ¡pobre de mí! erigirme en vengador implacable de los inocentes sacrificados por aquel Herodes con miriñaque. Todos los días, durante un mes, visité á aquella señora, con objeto de hacerla creer que lo era de mi pensamiento, lo que, para más evidencia, le dije de palabra y por escrito, en prosa y en verso; pero ella, sin ofenderse de mis pretensiones, sin dejar de tratarme con marcial franqueza y deleitosa confianza, permitiéndome acompañarla á todas partes, sin inquietarse por lo que las gentes pudieran murmurar, y demostrándome con notorias señales de distinción el aprecio en que me tenía, no contestaba á mis protestas de acendrado amor, á mis quejas de sus desdenes, á mis encarecidas amarguras, más que con un—«Déjese V. de eso» —capaz de concluir con la paciencia de la Cibe-

les, que tantos años hace está sentada allá enfrente del Prado, divertida en ver pasar la gente que va á los toros.

Yo empleé con aquella mujer todos los medios de seducción conocidos; quise interesarla por caballero esforzado, y una noche pegué una tremenda bofetada á un pollo que se atrevió á decir en el teatro, de manera que ellas lo oyeran: «¡Vaya un par de jamones!»

El día siguiente nos batimos aquel mozo y yo; y yo, que sabía tirar regularmente, envié la bala diez varas más alta de la cabeza de mi contrario; y él, que, según confesión propia, no había cogido un arma en toda su vida, y en aquella hora tenía más miedo que vergüenza, me puso la bala en el bolsillo del chaleco, y no me atravesó porque algunos duros lo impidieron; si aquel día como tantos otros, no hubiera tenido un cuarto en el bolsillo, quedo en el campo del honor, víctima de mi afición á empeñados lances.

Otro día le llevé unas octavas reales, que bajo mis auspicios tuvo la bondad de escribir un amigo mío, y de las que me declaré indigno autor. En aquellos versos la llamaba ángel, musa, deidad, ilusión, y yo no sé cuantos piropos más, y ella los oyó leer con absoluta indiferencia, como si oyera una nota diplomática de la Puerta á la Dieta. Volví por la tarde, y ví que mis preciadas octavas reales habían servido

para hacer un devanador con destino á una madeja de algodón prosáico acabado de comprar por dos cuartos.

Todas las noches las acompañaba al café, y me gastaba tres ó cuatro pesetas, lo que para ellas era mucho y para mí mucho más, porque al fin yo era quien las pagaba, y durante un mes les hice ver todas las funciones nuevas que se estrenaban en los teatros, lo cual suponía un gasto de cuatro ó más duros en cada una. Y luego tenía que sufrir las observaciones de la tía sobre la decadencia del teatro, y la soporífera y trivial crítica de las comedias modernas, cuyo mérito era, en su concepto, casi nulo, comparado con el de *El Naufragio de la fragata Medusa*, *La Urraca ladrona*, *El Diluvio universal*, *El Terremoto de la Martinica*, y otras maravillosas creaciones dignas de eterna remembranza. Y la sobrina, en lugar de estar atenta á la acción de la comedia, lo estaba para criticar el traje de aquella actriz, ó el peinado de esta otra, porque no lo traía de moda (y la acción de la comedia se suponía en Móstoles á principios de este siglo), y para observar que el galán era cargado de espaldas, y el gracioso tenía un chirlo en la mejilla, etc., etc.

Convencido de que aquella mujer era insensible á toda prueba de afecto, convencido de que no le quedaría otro recuerdo de mí que la grata memoria de tal ó cual comida de fonda, ó tal ó

cual café, donde habíamos refrescado juntos, resolví desistir de mi propósito y abandonar á sus gustos á aquella mujer;—que harto pobre y digno de compasión es el que vive en el mundo encerrado en su egoísmo, y no atreviéndose á mirar á los demás, por no dejar ni un momento de mirarse él mismo.

El primer día de mi buen propósito salí de mi casa, sin saber á donde dirigirme, é instintivamente tomé el camino de la natal del perro, donde vivía la famosa doncella del piso segundo. Cerca de la puerta me hallaba, ya me había visto la portera, aquella que me refirió todos los detalles del natalicio del animal, y ya se disponía á detenerme, y á no perder la ocasión de murmurar del prójimo, cuando recordé la conversación habida entre la doncella mencionada y un servidor de ustedes, y dí media vuelta, pensando muy cuerdamente que era prudente evitar toda ocasión de ver á aquella mujer, siquiera por no renovar la impresión que habían hecho en mí las perfecciones de su rostro y lo mezquino y deleznable de su alma.

En hora feliz adopté tan juiciosa resolución, porque al volver por el mismo camino que había traído, harto disgustado y mohíno con el recuerdo de la supradicha doncella, y de la solterona que á grandes rasgos acabo de retratar, hallé de pronto el olvido de todas las miserias de la flaca humanidad, y principalmente de aquellas

dos mujeres, una de las cuales había venido al mundo para ser el ángel malo de los inocentes, —mi perro y yo,—y la otra para ser el tipo de todo lo más egoísta y miserable.

Por la acera opuesta venían dos mujeres, jóvenes ambas, y ambas vestidas con esa modestia de las mujeres que ganan el pan con el sudor de su frente.

El rostro de la que debía tener más edad era por extremo pálido, y con un tinte de melancolía y resignación que lo embellecía grandemente á mis ojos; los suyos, sombreados por largas pestañas, no miraban altivos, sino lánguidos y humildes; su talle era esbelto, su continente, en fin, mesurado, digno y modesto sobre todo. La que la acompañaba era casi una niña.

Venían las dos muy apresuradas, y acababan de pasar á mi lado y de quedar yo embebecido contemplando aquel rostro verdaderamente de ángel, cuando la niña se separó de pronto de su compañera, y acercándose á mí, muy afligida, me dijo:

—Caballero, ¿es bueno este duro?

La otra se detuvo á alguna distancia.

Tomé el duro que me alargaba la triste, y ví que era tan de mala ley, que sólo podía aceptarlo quien en su vida hubiera visto un duro.

—Hija mía, le contesté, es tan falso, que no podrá pasar ni entre los indios de la Nueva Zelandia.

—¡Carmen! ¡Carmen! exclamó la pobrecilla dirigiéndose á su compañera, ¡es falso! ¡es falso!

—¡Cómo ha de ser! contestó la llamada Carmen con una resignación que indicaba claramente el daño material que les causaba aquella desgracia.

—Volveremos á la tienda, continuó la niña; allí nos le han dado, que nos le cambien.

No pude resistir al deseo de hacer conocimiento con aquella hermosa criatura, y me acerqué á ella, bien que con cierto encogimiento, y de la mejor manera que supe le ofrecí acompañarla al lugar del engaño, y le pregunté en qué circunstancias se había verificado éste.

Carmen me dió las gracias por mi interés, y me suplicó que no me molestara; pero la niña todo me lo contó.

Era sábado, y habían ido á entregar y á cobrar, y de cuarenta y dos reales que habían cobrado, los veinte eran de un valor nada más que figurado.

Y decía la infeliz:

—Ya ve V... ¿cómo vamos á poder comer esta semana con veinte reales menos?

La observación estaba muy en su lugar.

—Dios nos ayudará, dijo Carmen.

—Pero, ¿por qué no hemos de volver á la tienda?

—Porque pueden negar que nos han dado una moneda falsa; y sería para mí un bochorno,

que me obligaría á no coser más para esa tienda, y entonces, hija mía, perderemos más, porque no tendremos que trabajar ni que comer tampoco.

—¡Pero, si es verdad que nos lo han dado allí, repitió la pobre niña; si á nosotras se nos acabó esta mañana el dinero, y estábamos esperando el jornal de esta noche como el santo advenimiento!...

Mientras hablaba la niña había sacado yo un duro con todo el disimulo posible, y tomando otra vez el falso, como para asegurarme de si lo era, se lo entregué después de un momento, sin que ni una ni otra advirtieran la mistificación.

Y con esto las dejé seguir su camino, no sin seguir las á cierta distancia, hasta una lejana mezquina callejuela, donde terminaron su viaje entrando en una casa de pobrísimo aspecto, á la que el lector vendrá conmigo, si le interesa esta historia, que es muy verdadera.

VI

EL ÁNGEL BUENO Y EL ÁNGEL MALO

Todos los días, á la misma hora, pasaban aquellas dos jóvenes por la calle donde vivía la doncella del piso segundo, y yo las esperaba allí, satisfecho con el inocente, pero verdadero, placer de contemplar la peregrina hermosura de la llamada Carmen, con lo que me volvía tranquilo á mi hogar, lleno el corazón de aliento y el espíritu de fe. Estaba enamorado de aquella niña, pero con ese amor que se llama platónico y que pone en ridículo á los hombres, y de que se ríen casi todas las mujeres. Temía acercarme á ella, y visitarla después, porque presumía que había de pasarme las horas muertas contemplándola y sin decirle una sola palabra, lo mismo que un entusiasta de Murillo ante una virgen trazada por la inspiración divina del privilegiado artista, y todo otro amor, eso que en el mundo se llama amor y que lleva á unos á la vicaría y á otros al infierno, parecíame una profanación aplicado á aquella criatura, á quien me atrevería á llamar ángel del cielo, si no se burlasen de mí los pecadores dependientes de la

tienda que visitaban todas las noches las dos hermanas para entregar el trabajo del día y recoger el del siguiente. Temía acercarme á aquella mujer, porque, como Sthendal, creo que la familiaridad destruye el amor; todos los días me veía en el mismo sitio esperándola, y me saludaba con una dulcísima expresión, y una tarde que me oculté en un portal para verla sin ser visto, la ví detenerse y mirar á todos lados, y continuar al fin su camino; pero no sin volverse á mirar con más interés que curiosidad, y cuando me vió advertí en su mirada cierta satisfacción, y aun en el saludo que de lejos me hizo creí adivinar una delicada reconvención y en sus ojos una gratitud digna de aquella alma privilegiada. Y pensaba que aquella hermosa niña, que sólo me veía una vez cada veinticuatro horas, estaría esperando como yo aquel grato instante, y como yo, volvería satisfecha á su hogar con el gusto de haberme visto y la esperanza de verme el día siguiente.

Hay en el mundo pocas mujeres que comprendan este amor; pero quien es tan feliz que pone los ojos en una que lo comprende, tiene el privilegio de gozar placeres ignorados de aquellos que hablan, riñen y pasean á toda hora con el objeto de su amor.

Carmen era mi ángel bueno, y la doncella del piso segundo mi ángel malo.

Sin embargo, nunca he sentido oprimirse mi

corazón ni encenderse mi rostro, como una tarde que, yendo á esperar á mis costureras, encontré á la doncella del piso segundo, acompañada de un hombre grueso, pequeño, zafio y mal encarado, que la hablaba con cierta superioridad, y á quien ella parecía escuchar con humildad. Mis ojos se llenaron de sangre; sentí en el cerebro un estremecimiento, como si una mano aleve me hubiera cruzado el rostro.

Nunca había podido apreciar en mí mismo el efecto de los celos; era que nunca había amado á mujer alguna como á aquella. Sublevábase mi amor propio al reconocerme pospuesto á aquel hombre grosero, brusco, incapaz de sentir una pasión profunda como la mía; y mortificábame la idea de que aquella mujer, tan positivista, tan fríamente calculadora, tan desdeñosa conmigo, sería con él dulce, amable, desinteresada, expansiva...

Pasaron ella y él sin reparar siquiera en mí, y me dirigí maquinalmente á la portera que me refirió los detalles del natalicio del perro, y que en aquel momento estaba sentada á la puerta de la casa, contando los puntos en una media de su confección.

—¿Quién es ese hombre que acompaña á la doncella del piso segundo? le dije. Y ella, levantando la cabeza, exclamó:

—¡Ah! ¿Es usted? Pues poquito que me he acordado yo de V.

—Me alegro: dígame V., ¿quién es ese hombre?

—¡Hola! Y trae V. el perro... ¡Ven acá, mal genio! Bien se conoce que tu amo te cuida bien.

Y pasaba la mano por el lomo del animal, que con un gruñido sordo y reconcentrado indicaba claramente la poca gracia que le hacían las caricias de la vieja.

—Pero diga V., ¿quién es ese hombre?

—¿Ese?... ¿Ese que va con la doncella? ¡Pues no lo he de conocer!

—Bien, pero ¿quién es?

—Mire V., lo que es él, bien quieto se estaba; pero ella, que corta un pelo en el aire, ha olido que tiene un gato que no lo suelta él por dos talegas, y ahí tiene V... Porque, lo que ella dice cuando entra, sube y baja y se para á darme los buenos días, lo que ha de procurar una mujer es casarse pronto y bien; y mire V., lo que es en eso tiene razón, porque al cabo la mujer, si no tiene gancho, y hace cara á este, y al otro, y al de más allá, se queda para vestir imágenes, y ya la tiene V. aviada para toda su vida; y si no cuenta con rentas ni hay quien le dé la mano, hágame V. el favor... Lo que es ella, hace bien; si lo puede enganchar, Dios la bendiga; si lo consigue, bien puede decir que ha puesto una pica en Flandes, porque lo que es él es un gallego (y cerraba el puño), que para sacarle un ocha-

vo se necesitan Dios y ayuda; el año pasado le envió á pedir un hermano que tiene allá en la tierra, para pagar la contribución, porque la cosecha había sido muy mala y el pobre no tenía ni sobre qué caerse muerto, y ¿sabe V. lo que le envió á decir? Que no tenía suelto. A ese le sucederá lo que á uno que se casó con la hija de un memorialista que empezó en el portalito aquel de enfrente con una mesa y una silla que no valían dos cuartos, y luego tuvo coche, como que prestaba dinero á réditos; pues bien: aquel era también de los que no sueltan un real aunque se le salte á V. un ojo, y ella se dió tan buena maña y le mareó de tal manera, que empezó á dar aire al dinero de un modo, que hace dos años ella vendía en el río agua, aguardiente y alfileres, que es buen refresco, y él estaba atenido á vender en las calles papeles cuando había reo, ó salía la lotería, ó se daba *Gaceta extraordinaria*... Y por cierto que hace tiempo que no sé de tal matrimonio; bien es verdad que él murió un domingo en la corrida de novillos, y ella está en el Modelo porque un día en el río se equivocó y se llevó unas enaguas y una camisola que no eran suyas...

A este tiempo, la portera, que no había cesado de acariciar al perro, lanzó un grito, y se llevó á la boca la mano ensangrentada; el animal, cansado ya de las caricias de aquella mano pecadora, cuando más distraída estaba la pobre

vieja, volvió la cabeza y le clavó los colmillos en los dedos.

Yo estaba furioso, y necesitaba una víctima, y ésta fué el perro, á quien dí tan fuerte punta-pié, que el noble animal fué á caer en mitad del arroyo aullando lastimosamente.

—¡Qué inhumanidad! exclamó con voz dulce y compasiva una transeunte que vió caer al perro con los ojos y la boca rebosando sangre.

Aquella transeunte era Carmen, la costurera; me dirigió una mirada que me hizo bajar los ojos y extender la mano sobre el perro, que había vuelto arrastrándose á mis pies, como esperando una caricia mía para demostrarme luego con las suyas que no me conservaba rencor por la brutalidad con que acababa de castigarle.

—¡Pobre animal! exclamó la costurera.

—Sí, sí; celébrele V. la gracia, añadió la portera, que había vuelto á salir á la puerta, apretándose los dedos de la mano mordida con los de la otra. ¡Siempre he tenido yo horror á esos animales!

Dejé á la portera con la palabra en la boca, y, seguido del perro, me acerqué á Carmen, que tan oportunamente venía á distraerme de mis furiosos celos;—tal era la benéfica influencia que ejercían en mí los ojos de aquella niña.

—Perdóneme V., le dije, que la distraiga un momento; pero la acción que acaba V. de reprocharme podría contribuir á que V. formara

de mi carácter un juicio equivocado, y quiero decir á V. que es la primera vez que cometo semejante exceso, y que lo deploro tanto más cuanto que este animal es el mejor, el único amigo mío.

Y le referí lo más brevemente posible la historia de César—(ya saben Vds. que así se llamaba el perro)—la que le interesó grandemente en favor del animal, y creo que también en favor mío.

Y hablando de tan importante asunto, llegamos á la casa donde vivían aquellas dos hermanas.

Y quieras que no, después de decirme Carmen que iba á espantarme ver su casa, me hicieron entrar, no por mi linda cara, sino por la del perro, que estaba lleno de sangre, y era preciso lavarle.

La calle donde estaba aquella casa tenía una forma así como de barco, y la habrían empedrado de balde seguramente zapateros interesados en el mayor y más breve deterioro del calzado del prójimo; no le faltaban aceras, estrechas, eso sí, como el camino de la virtud, pero de las que no podían gozar los honrados transeuntes, porque estaban dignamente ocupadas por varios seres, que Buffón no hubiera sabido calificar ni clasificar.

Allí una vieja, con los cabellos blancos, sujetos en la parte posterior de la cabeza con una

horquilla como una garrocha, sentada en una silla con tres únicos pies, y ocupada en hacer calceta y cuidando al mismo tiempo de un niño, que en medio del arroyo, y completamente desnudo, se entretenía en tirar chinitas á la misma abuela, con el piadoso objeto de saltarle un ojo, ó hacerle ver las estrellas con el dolor que le causara una bien dirigida á la afilada punta de sus venerables narices. Más allá un hombre, sentado en el dintel de una puerta, por no descabalar la sillería de su casa, cosiendo en un pantalón azul un remiendo negro, y cantando:

Ni contigo ni sin tí
puedo yo encontrar consuelo;
contigo porque me matas,
y sin tí porque me muero.

Enfrente una mujer, meciendo al son de la canción á una criatura de pocos meses, de quien es digna nodriza, y á la que saluda de cuando en cuando con una cuchara llena de una masa nada agradable, que el ángel no quiere gustar, aun arrostrando el peligro de excitar las iras de su madre postiza, que se desata en improperios contra él y contra su madre y su padre, y eso que éstos le dan á fin de mes ocho ó diez duros, limpios de polvo y paja, bien ajenos sin duda de que el hijo de su amor es víctima indefensa de la bilis de aquella mujer que vende su sangre. Y á lo mejor se le-

vanta para ir á espumar el puchero, y dice á la vieja que hace calceta :

—Señora Petra, eche V. un ojo al chico, que yo me voy allá dentro, no sea que venga *ese* de trabajar, y si no encuentra la comida á punto ande suelto en casa San Benito de Palermo... ¡Cuándo *quedrá* Dios que á ese *arrastrao* se le lleven los demonios!... Mire V., si no fuera por él, por el grandísimo tuno, ¿quién me mandaba á mí tener que criar ese embeleco, ni estar hecha una esclava?... ¡Pues si yo podía estar, como el otro que dice, hecha una reina, sin tener que mirar la cara á nadie, y con un duro en la faltriquera á todas horas, y riéndome de la fortuna!

Si mi padre me hubiera dado una buena paliza cuando dije que me quería casar, ¡qué gran favor me habría hecho!...

Y hablando, hablando, se le pasa el tiempo, y el marido vuelve de trabajar, y la comida no está dispuesta, y ella echa la culpa al chico, que no ha dejado de llorar en toda la mañana, y á los padres del mismo, que han ido á verle y la han entretenido, y el esposo no cree una palabra de lo que dice la esposa, y ésta se irrita, y él también, y ella alza el gallo, y él alza el palo y lo deja caer sobre su costilla, que pone el grito en el cielo; y acuden los vecinos, y uno recibe un insulto, y otro un estacazo, y se pasa la hora concedida al trabajador para ocuparla en alimentarse y no en andar al morro, y pier-

de medio día de jornal, y por esta nueva causa vuelve á comenzar la camorra, y á todo esto el niño allí se está en la silla y en medio de la calle, desgañitándose, hasta que un perro que viene perseguido por otro perro, tropieza en la silla, y rueda ésta, y rueda el angelito, y el perro que viene detrás pasa por encima de su cuerpo, y una vecina piadosa recoge al niño y le lleva á otra vecina para que, por caridad, le dé el alimento necesario que no le puede dar aquel día la mujer del trabajador, porque con la paliza y el disgusto consiguiente la leche se le volvería veneno, y ninguna culpa tiene la abandonada criatura de los vicios de los demás. Y si el niño no se muere entonces, se muere un mes después, ó se cría enteco y enfermizo, y muere cuando llega á los siete, ó los quince, ó á los veinte años.

Allí está la manchega desacomodada, contando horrores de sus amos; allí el chulito con el pantalón ajustado, la chaquetilla corta, el rizito junto á la oreja y el pitillo en la boca, refiriendo al que cose el remiendo los incidentes de la corrida de novillos del día anterior, en la cual se condujo como un héroe cogiendo del rabo á uno de los embolados; allí grita y manotea la vecina que tiene el puesto en la plazuela, irritada porque aquella mañana le han dado medio duro falso: allí el mozo que ha caído quinto, se despide de su amante, porque el día

siguiente entrará en *caja*, y saldrá para el depósito de Leganés; allí el señor Antón, el traperero, cierra el trato con un negociante en trapos, que le compra los que tiene reunidos... allí, en fin, se ven ejemplares de todos los tipos populares, llenos unos de gracia, repugnantes otros, y curiosos todos para el observador.

VII

LA CASA DE LA COSTURERA

Tomaban el sol ó la sombra en aquella calle otros personajes, dignos del pincel de Goya, y que por su carácter, sus costumbres, sus vicios y sus aspiraciones, nada tenían que envidiar á los que nos describe Eugenio Sué en alguna de sus celebradas y censuradas novelas; pero como no agrada­rá mucho al lector estar en medio de la citada calle sufriendo las groseras alusiones é insultantes chanzonetas de aquella gente, enemiga de todo el que no viste, vive y muere como los suyos, entraremos en la casa por un portal largo y estrecho como la vida de un pobre, al fin del cual nos hallaremos en un patio cuadrado, cuya parte baja está simétricamente adornada por ocho puertas laterales, y cuatro en el frente, que dan entrada á unas habitaciones mezquinas como la dádiva de un avaro, en cada una de las cuales vive una familia. Lo malo es que allí también tropezamos con los vecinos, que, para no malgastar la luz que entra en las habitaciones por una ventana económicamente

abierta, se salen al patio, y allí se ocupan en sus quehaceres, al mismo tiempo que se entretienen en amena, ya que no siempre honesta conversación. Allí ven ustedes una vieja peinando á una joven, sobrina suya, que va á ir á anunciarse en el *Diario*, ganosa de encontrar cría para casa de los padres; á la puerta de otro cuarto verán ustedes un zapatero echando unos tacones á los zapatos de otro vecino, y comunicando á sus oyentes su firme resolución de no entregárselos en tanto que no le pague los tacones reemplazados por los que á la sazón le confecciona, que aun no le han sido satisfechos, y hace medio año que se los puso; más allá una mujer cantando:

Moreno pintan á Cristo...

é interrumpiendo la canción para gritar á un chiquillo desarrapado que se ha encaramado sobre el brocal del pozo:—¡Bájate de ahí, enemigo!—y el chico se baja, y ella sigue:

morena á la Magdalena...

—¡Deja al gato!... Bastante paciencia tiene el animal; si fuera yo, ya te hubiera sacado los ojos...

moreno es el bien que adoro...

—Aguador, á ver si se lleva V. este chico en la cuba...

¡Viva la gente morena!

— ¡Arrastrao! ¡no salgas á la calle!

Pero el chico sale y se pone á jugar con otros, y uno de éstos le arrima una pedrada en la nuca, y la madre del herido quiere castigar al agresor, y la madre de éste le defiende naturalmente, y ármase otro belén, y los vecinos gozan con el espectáculo de ver cómo andan á la greña las dos madres, que no sólo se maltratan de obra, sino también de palabra, y sácense á relucir, con notoria infracción de aquel cristiano precepto que nos manda amar al prójimo como á nosotros mismos, las flaquezas, lo mismo las más ostensibles que las más recónditas, de que adolece cada una de las combatientes, y en aquella ocasión se da publicidad hasta á los vicios de los ascendientes respectivos, dignos por otra parte del respeto que debe imponer á los vivos la losa que pesa sobre los muertos.

Todos los días hay en cada una de esas casas llamadas de vecindad, tres ó cuatro escenas como la que he referido, con lo cual se acostumbran sus moradores á ejercer una elocuencia especial y convincente, cuya fraseología no se consigna en ninguno de los innumerables diccionarios que se han publicado y se publicarán, todos aumentados, por supuesto, con más de 2.000 voces nuevas.

En las noches de verbena, el día de San Isidro, y los señalados para otras fiestas populares, en las que no se repara en el precio del vino,